

HEGEMONÍA OCCIDENTAL SOBRE EL MUNDO. LOS RELATOS DE DOS VIAJERAS CHILENAS EN ORIENTE

Verónica Ramírez E.
Universidad de Chile
v.ramirez.e@gmail.com

Nuestra propuesta corresponde a una lectura y análisis de los relatos de dos viajeras chilenas que narran sus aventuras en Oriente, a fines del siglo XIX. Inés Echeverría (Iris) y Amalia Errázuriz, emprenden un peregrinaje a Tierra Santa alrededor del año 1900, cuyo propósito central consistió en corroborar el estado de los sitios cristianos sagrados –ahora en manos de los árabes–, y la correspondencia de la realidad con la información revelada en el Nuevo Testamento.

Nuestro objetivo principal consiste en el estudio de la perspectiva desde la que estas viajeras chilenas observaron y describieron al sujeto oriental. Objetivo que abordaremos a través de las metodologías planteadas por Edward Said (Orientalismo, 1978) para el estudio de textos occidentales que tratan sobre el “otro” oriental (localización y formación estratégicas). Aplicando las estrategias saidianas en el análisis de los relatos, intentamos demostrar que a pesar de que las autoras-viajeras hayan sido y se hayan reconocido a sí mismas como sujetos (mujeres) hispanoamericanos, de todos modos, con sus voces son cómplices del discurso hegemónico europeo-occidental; actitud que se evidencia a través de sus comentarios y concepciones autoritarias (desde una posición superior) respecto al “otro” oriental.

I. Chilenos en Oriente

Una vez realizada la revolución de independencia, aflora en la aristocracia chilena un ímpetu por cruzar nuestras fronteras, y emprender aventuras hacia diversos lugares del mundo. Si bien la moda impuesta en la época era ceñirse al “Grand Tour” de los europeos, que comprendía la visita que realizaban los jóvenes de situación acomodada una vez terminados sus estudios a las principales ciudades del centro histórico del continente viejo (Londres, París y Roma, generalmente)¹, hubo también, desde mediados del siglo XIX, un grupo de viajeros chilenos que sintió curiosidad por otros destinos. Entre ellos, Oriente.

El interés del chileno por el norte de África y lo que se conoce como Medio Oriente, es decir, por el mundo árabe-islámico, surge, en primera instancia, nuevamente, por una influencia euro-céntrica. La expedición napoleónica en el norte de África el año 1798, el siglo decimonónico de líneas preponderantemente románticas, y la conformación de las colonias francesas y británicas en Asia y África, abrieron a Occidente la realidad Oriental, y los ojos de las potencias se fijaron, desde diversas disciplinas, en el mediterráneo islámico. Desde entonces, el hombre europeo, en especial el inglés y el francés, aunque también, el alemán, añadió a su tradicional tour, destinos tales como, Egipto, Turquía y Tierra Santa. Sus intereses fueron diversos: fines políticos o militares, realización de cargos o misiones

¹ En el caso de los hijos de familias chilenas aristócratas, el “Grand Tour” consistía en la realización de sus estudios formales, y no sólo visitas a museos, monumentos, etc., en las principales ciudades europeas. El año 1825, un grupo selecto de jóvenes chilenos fueron invitados por autoridades francesas a realizar sus estudios de educación secundaria a París, e ilustrarse en la gran metrópoli. Ese mismo año, zarpa un barco con los hijos de las principales familias chilenas; jóvenes que no regresaron hasta 1830. Entre los beneficiados, se encontraba Vicente Pérez Rosales. (Pérez Rosales 65).

diplomáticas al servicio del país de pertenencia; también acudirían científicos (arqueólogos, etnólogos, antropólogos), artistas (pintores y poetas) en busca de inspiración en estas tierras y pueblos desconocidos, y que contribuyeron, en gran medida, a la construcción de un ideario exótico y sensualista del mundo oriental. Asimismo, se trasladaron a la zona, comerciantes y hombres de los más diversos oficios, que observaron con codicia los nuevos recursos que ofrecían estos territorios². Finalmente, los propósitos religiosos que acompañan a las políticas imperialistas de las grandes potencias, serían causa de una importante y permanente presencia de misioneros, ya sea católicos o protestantes, en los territorios colonizados; se trataba de hombres y mujeres que iban a Medio Oriente con el afán de “iluminar, civilizar y salvar” a las almas descarriadas de los “mahometanos”³. Junto con estos misioneros, debemos mencionar las constantes hordas de peregrinos cristianos que acuden a los lugares sagrados hacia fines del siglo XIX.

Entre estos grupos de peregrinos, solían encontrarse miembros de distintas aristocracias hispanoamericanas⁴. Muchos de ellos llegaban a París, donde se empapaban del ambiente cultural, del espectáculo, del lujo de los salones y festines, y de las exigencias superfluas de la moda. Pero una vez hastiados de todo ello, y como una manera de expurgarse de los excesos cometidos, emprendían peregrinaje hacia Tierra Santa.

En la capital francesa, hacia fines del siglo XIX, se formaron compañías que organizaban viajes durante todo el año, y que se ocupaban de ofrecer al viajero-peregrino un completo servicio, según las comodidades que cada clase exigía (Errázuriz 3). Estas empresas contaban con vapores y una serie de redes de contacto en las zonas visitadas. A menudo, los tripulantes se embarcaban en las costas de Marsella, y a través del Mediterráneo acudían en invierno o verano, hacia Jaifa, desde donde accedían a Jerusalén. Una vez que pisaban territorio “Oriental”, estas personas eran alojadas y hacían sus comidas en monasterios u hoteles especiales para cristianos, generalmente atendidos por los mismos misioneros que vivían en el lugar. El itinerario del recorrido era exigente, implicaba dormir poco, comer sin lujos, y adaptarse al transporte y los caminos poco confortables de los países visitados. El camello y el caballo, las tiendas y el catre, eran elementos característicos en estas aventuras. Además, los peregrinos eran sometidos a largas horas de meditación y oración, sin contar la celebración de cuatro o hasta cinco misas durante un mismo día. No obstante, estos viajeros evidencian en sus relatos que siempre había tiempo para conocer lo característico de cada ciudad, pasearse por el bazar y perderse en sus calles desconocidas.

Entre las chilenas aristócratas que se unen a estos viajes de sociedades peregrinas, y que zarparon desde Marsella, encontramos a Inés Echeverría de Larraín, también conocida por su seudónimo “Iris” (escritora feminista y liberal), y a Amalia Errázuriz de Subercaseaux, esposa de un diplomático. Ambas, tenían raíces vascas, habían recibido educación europea, eran trilingües, y amantes de los viajes. Coinciden además, en que acuden a Palestina en

² Entre estos, debemos mencionar a los empresarios del turismo que se empieza a gestar desde mediados del siglo XIX en esa zona.

³ Utilizo a propósito el término equívoco que emplearon los occidentales cristianos para denominar a los islámicos.

⁴ En los mismos relatos de las viajeras, que en este trabajo nos ocupan, se mencionan varios nombres de personajes que conformaban la elite hispanoamericana. Amalia, por ejemplo, dice ir acompañada en su segundo viaje por: Rosa García Moreno de Irarrázabal, Ricardo Larraín de Urreola, el doctor Jenaro Benavides y el joven Arturo Lyon y Peña; todos ellos miembros de la alta aristocracia chilena de la época (Errázuriz 287).

dos oportunidades, y en que logran realizar uno de dichos trayectos solas, sin compañía familiar. Inés viaja el año 1900 junto a su marido, y en 1901, logra hacerlo sola. Amalia acude sin su familia en 1893 por primera vez; en su segunda instancia en el lugar cuenta con la compañía de su marido y sus dos hijos mayores⁵. Otra semejanza entre estas dos viajeras de nuestro país es que sus aventuras son realizadas durante el invierno europeo, precisamente en época en que se celebra la Navidad cristiana, por considerarse esta fecha como una ocasión especial para el recogimiento espiritual.

Inés Echeverría, dedicada ya por esa fecha a su vocación de escritora, redacta a su regreso sus impresiones sobre Oriente, dejándonos un libro titulado *Hacia el Oriente. Recuerdos de una peregrinación a la Tierra Santa* (1905). Amalia Errázuriz, por su parte, no se dedicaba a la escritura, propiamente tal; no obstante, durante su vida escribió y publicó varios libros, por lo general, sobre temas relacionados con la mujer y su labor ejemplar en la familia. El libro de sus impresiones de los viajes a Oriente se titula *Mis días de peregrinación en Oriente*, y está ilustrado por su hijo, el dibujante y pintor benedictino Pedro Subercaseaux⁶.

Una vez introducido el tema de los viajeros chilenos en Oriente, y en especial, el de las circunstancias que acompañaron a estas dos peregrinas a fines del siglo XIX, procedemos al planteamiento concreto de nuestro propósito analítico.

Nuestra propuesta consiste en una lectura de las impresiones de estas viajeras en su viaje por Oriente. Específicamente, pretendemos fijarnos en cómo han de describir al “otro” (árabe-islámico). Asimismo, consideraremos sus conocimientos previos, conocimientos a los que se refieren y en los que se apoyan al momento de describir Oriente. En definitiva, nos ceñiremos a la metodología que emplea Said en su obra *Orientalismo* (1978) para el estudio de textos orientalistas. Por consiguiente, lo primero – la descripción del “otro” – correspondería a lo que Said denomina localización estratégica (“manera de describir la posición que el autor de un texto adopta con respecto al material oriental sobre el que escribe” (44)). Y lo segundo – los conocimientos previos del narrador/viajero - a lo que Said entiende por formación estratégica del autor (“forma de analizar la relación entre los textos y el modo en que los grupos, los tipos e incluso los géneros de textos adquieren entidad, densidad y poder referencial entre ellos mismos, y más tarde, dentro de toda la cultura” (44)).⁷ Luego, a partir de dichas estrategias saidianas y las observaciones nuestras, pretendemos demostrar que a pesar de que estas viajeras son y se reconocen a sí mismas como sujetos (mujeres) hispanoamericanos, de todos modos, no logran desprenderse de la perspectiva hegemónica europea, al momento de relacionarse con el otro oriental, y referirse a éste. Es decir, ambas, tanto Amalia como Inés, hablan acerca del mundo oriental desde una posición o ubicación (localización y formación estratégica) superior, que denota una cierta autoridad (propia de occidente) por sobre el sujeto oriental.

⁵ Amalia Errázuriz tiene la suerte de embarcarse en el primer viaje que realiza la sociedad de Notre Dame de Salut, compañía que a partir de dicha fecha (diciembre de 1893) efectuará viajes para peregrinos continuos y periódicos, a cargo de los Padres Agustinos de la Asunción (Errázuriz, A. 3).

⁶ Para interiorizarse con la vida y obras de Amalia Errázuriz –mujer más desconocida que Inés Echeverría- sugerimos leer: Subercaseaux, Benjamín. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Y Subercaseaux, Blanca. *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*.

⁷ En ambas citas el subrayado es mío.

II. Localización estratégica o la descripción del “otro”

El primer contacto con la cultura islámica que nos describe Inés Echeverría, se produce en Constantinopla. La viajera se refiere a dicho destino de la siguiente manera: “La inhospitalidad, el salvajismo feroz, la complicación de trámites inútiles que imponen al viajero, hacen pagar cara la visión de Constantinopla” (31). Su entrada a “Oriente”, por lo tanto, se tiñe con un tono pesimista desde el inicio de su relato. Los turcos se le presentarán siempre como seres detestables, violentos, bruscos, y en el caso de la cita anterior, burocráticos: todas estas características, corresponden a símbolos del retraso y la falta de civilidad de sus habitantes. Incluso ella se atreve a desmentir la virtud de la hospitalidad, tan común entre los árabes, y aspecto que frecuentemente los escritores románticos se esmeraron en resaltar.

Iris no critica sólo la manera de ser del oriental, sino que también rechaza sus características físicas. En su fragmento sobre Beirut, dice lo siguiente:

Lo que más hiera es el tipo de la raza asiática, con su color moreno amarillento, los ojos hundidos dentro de las órbitas y la expresión del envilecimiento salvaje. Desde la primera mirada se siente la degradación, al observar en esas caras la codicia feroz, sin ninguno de los rasgos de energía o de dignidad humana (56).

La autora en este caso expresa que la fisonomía del sujeto observado la hiera, producto de la relación que ella misma infiere entre el aspecto físico de éste y sus condiciones morales. Los ojos hundidos, así como el color amarillento, corresponden a la expresión del envilecimiento salvaje, junto con la degradación, la ferocidad y la ausencia de toda energía y dignidad humana. Este tipo de descripciones, tan cargadas de subjetividad, nos revelan la localización o perspectiva de la autora con respecto al material oriental que observa. Su mirada se fija, sin duda, desde un foco euro-céntrico, es decir, desde la posición occidental-cristiana, ya que asume que ese “otro” oriental e islámico, es de por sí propenso biológica y naturalmente a un estado de barbarie, opuesto a la realidad del sujeto occidental.

Estas sentencias, en donde el aspecto físico es causa del comportamiento y carácter de los sujetos, corresponde a ciertas teorías de corte euro-centrista propias del siglo decimonónico, que plantearon la diferencia de razas y categorización de éstas, con el convencimiento de que algunas habrían de ser más débiles que otras, entre varias distinciones.⁸ Iris, por consiguiente, estaría inserta en dicho discurso, y lo aplicaría al momento de describir al “otro” oriental.

El descontento de esta autora frente al carácter árabe se debe, principalmente, a su actitud anti progreso, que se opone a la que representaban las potencias imperialistas europeas (Inglaterra con su industrialización y avance tecnológico; Francia con sus ideas

⁸ Durante el siglo XIX, tanto en Chile, como en Occidente, en general, existe una discusión ferviente respecto a este tema. Muchos intelectuales hispanoamericanos, entre ellos Domingo Faustino Sarmiento, se apoyaron en las teorías darwinistas, entre otras, para explicar la dificultad de algunos pueblos para tender al progreso y lograr la tan deseada civilización. En el caso de este pensador liberal argentino, desterrado en Chile durante la dictadura de Rosas, sus convicciones postularían que la raza española, en sí, es propensa al estancamiento. Por lo mismo, el pensador se esfuerza en explicar que la mezcla entre españoles e indígenas americanos habría producido una raza nefasta. (Véase: Domingo Faustino Sarmiento. *Conflictos y armonías de las razas en América*).

liberales-ilustradas, su apogeo cultural y su rol de modelo para la política, la educación, los aspectos militares, etc.). Así, una vez en Damasco, la viajera se queja con estas palabras: “Todo un mundo nuevo para mí, cuyo modo de ser, cuya postración moral, retratada en esas fisonomías lánguidas, paralizadas, inertes, me hacen una impresión repugnante” (61). Nuevamente, la crítica hacia la actitud que se opone al avance, y que según esta mujer aristócrata chilena, les es natural a los árabes.

Lo interesante en la observación anterior, es que Inés denuncia que dicha languidez e inercia son nuevas para ella, es decir, son propias de un nuevo mundo. Por lo tanto, la mujer está diciéndonos que se trata de una actitud de vida que no debemos considerar como propia del mundo que ya conoce, lo que incluye a la realidad chilena. De alguna u otra manera, la narradora se ubica a sí misma, y junto con ella, a todos los chilenos, en un marco distinto al oriental. Ella misma se comprende como un sujeto absoluta e indiscutiblemente occidental, y para reafirmar dicha comprensión, alaba la labor de Inglaterra y Francia en los países que visita, o bien, gasta líneas en sentencias como ésta: “La vida no es ni puede ser la esterilización de las facultades; la vida es la energía y el sacrificio, y lo que de allí se aparte es humillante y es penoso” (61).

Otro indicio que revela que la viajera ubica a Chile en un sitio occidental y opuesto al Oriental, aparece cuando se refiere al paisaje y la naturaleza que rodea al árabe, y su supuesta relación con el modo de ser de éstos: “Nosotros que vivimos en climas menos luminosos y en sociedades más complicadas, no podemos comprender el goce de la libertad indómita, errante, en la extensión infinita del desierto que inflama el sol” (66). Ese *nosotros* con el que la narradora inicia esta observación, la incluye a ella, y a su país de origen, en el lado occidental del mapamundi⁹.

Finalmente, destacamos la relación que Inés realiza entre el estado “feroz” del árabe y sus creencias religiosas, donde una vez más su mirada es euro-céntrica: “(...) aquella santidad del lugar en que Jesús agonizó, estaban como profanados por la barbarie de la fiesta musulmana” (389).

Iris considera en su relato, al material oriental como un nuevo y otro mundo, que se opone al suyo, y que en su caso, más que corresponder específicamente al espacio chileno,

⁹ El intelectual argentino, Walter D. Mignolo (VV.AA. *Teorías sin disciplina*, 1998), asegura que en América se dio una situación diversa (con respecto a Europa), a la de las colonias asiáticas y africanas. Varios hechos, dice el estudioso, marcan dicha diferencia, que habría dado cabida, a su vez, a un trato y concepción -de parte del europeo respecto a los americanos-, distintos a los de aquél con el colonizado oriental:

La independencia de Norteamérica (1776) es la que abre las puertas para la expansión de la categoría de "occidente" a "occidentales Americanos", que conducirá luego a la palabra-clave de "hemisferio occidental". Esto es, las "Indias Occidentales" de las colonias hispánicas van dando lugar, paulatinamente, al "Hemisferio Occidental"; una trayectoria ideológica y geocultural, si no opuesta, al menos significativamente diferente al "Orientalismo (s/p).

Mignolo destaca que dichos acontecimientos que determinaron nuestra situación respecto a Europa, de tal modo que ésta nos incluyese dentro del hemisferio occidental, son, además, la independencia haitiana entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX; las independencias de los países iberoamericanos a partir de 1810, y la independencia de Cuba en 1898.

Lo que le da, finalmente, un lugar especial a "América" en el discurso del occidentalismo es que la reconversión de las "Indias Occidentales" a "América" en el discurso del segundo colonialismo (Francia, Inglaterra), que corresponde a la etapa de formación de los estados nacionales y de la distinción entre "América Latina" y "América Sajona", nunca hizo de "América" algo semejante a la “otredad” (s/p).

coincide con el mundo occidental-cristiano del que ella se siente parte. De esta manera, todo lo correspondiente a dicho “otro” que observa y describe, ya sea su fisonomía, su actitud de vida, sus creencias, su lengua, sus costumbres, etc., se oponen a la civilización y a la salvación: ambas metas, según la viajera, sólo serían posibles en una realidad netamente occidental-cristiana, en donde creemos que la autora ubicaría a Chile.

Su condición de mujer oprimida por una sociedad preponderantemente machista -que todavía no le reconoce su talento y vocación de escritora-, su origen hispanoamericano, y su manera de ser, directa, crítica, osada, no son suficientes para ablandar en ella su posición y tono autoritario, al momento de hablar en nombre de Oriente; posición que está presente, según Said, en todos los estudios de descripción orientalistas (43). Las pocas alusiones positivas al mundo oriental, por parte de esta autora, como cuando se refiere a algunos paisajes encantadores o a la capacidad del musulmán para abstraerse con su oración a estados espirituales admirables, corresponden a estereotipos del imaginario oriental, construido por los mismos occidentales, que hacen alusión al ambiente exótico y sensual propios del clima cálido, y al impenetrable misterio oriental, poético y melancólico, que expresa el islámico en sus prácticas religiosas. A este aspecto nos referiremos en el próximo ítem de nuestro trabajo.

Amalia Errázuriz, por otra parte, aclara que su primer contacto con árabes se produce al desembarcar en Jaifa (Palestina). Allí, el trayecto desde el barco a la orilla se hacía en lanchas conducidas por habitantes de la ciudad. En esta instancia, se refiere a los sujetos de las embarcaciones de la siguiente manera: “Las lanchas, conducidas por dos vigorosos árabes de cara y brazos tostados” (37). En la primera oportunidad que se le presenta para describir al “otro”, ya se ciñe a ciertos estereotipos adjudicados a los árabes por el imaginario occidental respecto a Oriente: la sensualidad de los cuerpos bien fornidos, y el color oscuro. Inmediatamente, la viajera relata, y junto con ello, enjuicia, su experiencia al tocar tierra árabe, donde se verá importunada por la insistencia de los habitantes que luchan por conseguir el *bakschich* o propina:

Defendiéndonos de la exigente importunidad de los árabes, que querían arrebatar nos nuestros paquetes por interés de ganar otro *bakschich*. Nos habían dicho que esa gente era muy ladrona y que no les confiáramos nada de nuestro equipaje; inútil era decirles no, inútil quitárselos y mostrarse enojado, el único argumento que entienden es el del bastón levantado y pronto a caer sobre sus espaldas (40).

Los árabes, según su criterio, no entienden sino mediante los golpes, igual que las bestias o animales. Además, son ladrones, no porque los haya visto robar, sino porque así se lo habían advertido previamente. Por consiguiente, su localización estratégica para observar y describir al “otro” árabe-islámico, parece estar desde el inicio, cargada de conocimientos previos, y prejuicios propios del mundo occidental euro-céntrico, respecto al material oriental. A diferencia, eso sí, de la viajera anterior, Amalia atribuye casi todos los aspectos negativos de esta raza y su predisposición al atraso, no a su naturaleza biológica, sino a la oscuridad y camino errante que envuelven a las almas que no conocen, según ella, la verdadera fe: el cristianismo. Sus ojos observarán siempre desde el prisma de la religión.

De esta manera, cuando se refiere a la posición de la mujer en los países islámicos, dice lo siguiente: “Sólo las cristianas pueden llevar el rostro descubierto cuando salen a la calle;

las otras, sumidas las pobres en la esclavitud del mahometismo se expondrían a una muerte cruel si su marido y señor las viera alguna vez mostrar sus facciones a un profano” (40-41). En primer lugar, denomina erróneamente al islam con el término de *mahometismo*, para hacer de esta religión el equivalente opuesto del cristianismo. Nos hemos referido varias veces a este término como un error, puesto que en el caso del islam, Mahoma es sólo un profeta, mas no un Dios; mientras que Cristo, para los cristianos, es el hijo de Dios, o bien, es uno de los tres seres que conforman a la divinidad alabada. En segundo lugar, atribuye el carácter de esclavitud a las normas que obedecen los seguidores de Mahoma. Y, finalmente, exagera al advertir que la mujer que no cumpla con estas leyes, será penalizada con la misma muerte. Amalia no conoce el idioma árabe, jamás se relaciona durante su viaje con una de estas mujeres que ve pasar cubiertas de pies a cabeza, y que tilda de fantasmas. Su carácter de peregrina y el estilo de su viaje, le impiden apartarse de su grupo de cristianos y convivir directamente con el “otro”. Por lo tanto, sus impresiones personales, no pasan de ser eso, es decir, observaciones propias y subjetivas. Tampoco da indicios de investigar e ir más allá y profundizar sus conocimientos, para forjarse, así, una idea más fidedigna del sujeto que observa.

Sus creencias estarán por sobre la realidad, esa es su manera de ver y describir lo que tiene ante sus ojos. Así, cuando visita Belén, la tierra en donde nació la Virgen María y donde, posteriormente, vino al mundo el niño Dios, las mujeres y los niños que allí presencia, serán todos de una belleza y pureza infinitas, simplemente, por habitar lugar tan santo y querido por la peregrina. La belenita que observa, tenía unos labios que: “se abrían en una alegre risa y dejaban ver dos hileras de dientes blanquísimos. Su traje era elegante (...), y un velo de color, que caía con graciosos pliegues hasta poco más debajo de la cintura. Tenía en sus brazos un bonito niño (...), que al mismo tiempo me recordaba al pequeño Jesús en brazos de María” (70).

Su sistema descriptivo es siempre el mismo: criticar y juzgar negativamente todo lo que se aparte de su religión. Las mezquitas, en consecuencia, son, para ella, lugares sucios, tristes y resguardados por turcos violentos e intolerantes, que tienen el repugnante descaro de hacer negocio con la visita de los cristianos (“La sucia mezquita con sus turcos insolentes” (86)). Los cementerios islámicos son el sitio más tétrico, lúgubre, desolado y monótono del mundo (“Nada más tétrico que el aspecto del llamado valle cubierto de tumbas (...). La lúgubre monotonía de las tumbas es interrumpida por uno que otro olivo pequeño” (...). La soledad y la desolación reinan por todo” (102-103)). Las leyendas y creencias árabes son dignas de burla; por lo tanto, la viajera se ríe con sarcasmo de las que se entera durante el trayecto (“A estas respetables tradiciones, los musulmanes han añadido una infinidad de leyendas extravagantes y ridículas (...). Era difícil quedarse serio al oír tanta tontería” (110-111). O bien: “Dicen los mahometanos que el que no puede pasar por entre dos columnas que se encuentran muy cerca una de otra, no podrá llegar al cielo, por consiguiente los gordos no tienen esperanzas de gloria” (112)).

Así como critica, e incluso se burla del mundo islámico, alaba y ensalza la labor misionera de los cristianos en Oriente: “Cuando veo estas instituciones que producen miles de almas abnegadas hasta el punto de abandonar su patria para consagrar su vida al desvalido en países lejanos y medio salvajes, bendigo a la Francia que es la que nos da modelo de tanta virtud y caridad heroicas” (153). Su localización, absolutamente sumida en las ideas cristianas, la alejan de toda otra realidad que no sea la del mundo espiritual.

Finalmente, mencionamos algunas alusiones que hace respecto a su patria, que nos pueden revelar una idea sobre cómo comprende a los chilenos y en qué lugar del mundo nos ubica. Nuestra postura es que la autora entiende su lugar de origen como un sitio inserto en el marco occidental-cristiano. Si bien, ella realiza ciertos símiles comparativos entre el hombre árabe y el chileno, cuando se refiere a dichas semejanzas, no es sino para acercar al chileno al origen mismo de la tradición cristiana. Así observamos en las siguientes palabras:

El árabe es como el chileno, hombre de a caballo y buen jinete; todos sus viajes los hace bien montado y bien acondicionado. Se suelen así encontrar, en los largos caminos asoleados y pedregosos, algunos grupos de hermosos tipos. Derechos y arrogantes van envueltos en sus capas blancas que cubren los bordados de sus trajes y los mangos de plata de sus puñales afilados. Su tez cobriza, sus grandes ojos negros y su barba retinta resaltan e impresionan, rodeadas como están del blanco turbante que los protege de los rayos ardientes del sol (...). Así debían haberse visto los Reyes Magos (163-164).

Las semejanzas que encuentra Amalia, entre el hombre árabe y el chileno, no son más que una excusa para relacionar, de alguna manera, a los Reyes Magos con los hombres del campo de Chile. En su descripción del sujeto árabe, en este caso, no aparece nada digno de burla, ni de crítica, sino al contrario, resalta justamente lo más valorable de aquél: la elegancia y su habilidad ecuestre, así como la prestancia y su imagen imponente.

Amalia Errázuriz, al igual que Inés Echeverría, localiza su punto de observación en un foco euro-céntrico. En el caso de Amalia, eso sí, dicho foco estará al servicio casi exclusivamente de sus creencias religiosas y de la tradición cristiana, adjudicándole al “otro” (árabe-islámico) todo lo que hiere, falta el respeto y mancha la verdadera fe enseñada por Cristo, cuando éste vino a la vida y recorrió las Tierras Sagradas.

III. Formación estratégica o pre-juicios del “otro”

Said menciona en su texto que la localización estratégica del autor occidental que habla sobre Oriente, no puede separarse de la formación estratégica de éste. Cualquier escritor que trate sobre Oriente asume algún precedente oriental, conocimientos previos, conocimientos a los que se refiere y en los que se apoya. Cualquier obra sobre Oriente se asocia a otras obras, públicos, instituciones, y al propio Oriente. El conjunto de estas relaciones consiste en una formación que se puede analizar (44).

Esta última parte de nuestro estudio, responde precisamente a lo que nos explica Edward Said, es decir, al hecho de que no se puede entender la posición desde la que describe un autor el material oriental, sin la formación previa que tuvo o recibió éste al respecto. Darnos cuenta, por lo tanto, de las lecturas y prejuicios con los que se enfrentaron estas viajeras al sujeto desconocido, a ese “otro” oriental, puede facilitarnos la comprensión de la ubicación en que se sitúan ellas mismas al momento de describir a dicho “otro”.

En este aspecto, las dos viajeras, tanto Inés como Amalia, revelan que acuden a Oriente con conocimientos previos muy parecidos. Esto se puede observar cuando ellas escriben al inicio de sus relatos, la intención de sus respectivos viajes.

Iris manifiesta lo siguiente:

Yo no fui a buscar en aquellos viajes el brillo del Oriente (...), ni la fantasía de sus costumbres. Yo iba tras de la emoción que en mi alma de cristiana debía producir el país de la redención, la ciudad que Jesús regó con su sangre (...). Sabía que no iba a encontrar ni el confort de la vida moderna, ni los espectáculos agradables, ni las creaciones del arte (...). Quería sólo sentir la belleza del Antiguo y Nuevo Testamento en los lugares en que se desarrolló (...). Y aspirar en toda su muda elocuencia la desolación de aquel país, cansado de gloria, que se duerme ya en el letargo postrero (IX).

En este párrafo, la viajera asume, en primer lugar, que las costumbres de Oriente poseen una cierta fantasía. Esta idea no podía sino provenir de los distintos libros de extranjeros que conoció antes de emprender rumbo a Tierra Santa. Inés recibió desde su niñez una educación basada en los modelos franceses (e ingleses), y su lengua debió de aprenderla a través de la lectura de sus principales poetas y narradores. Chateaubriand y su obra *Itinéraire de Paris à Jérusalem* (1811), era lectura común en dicha época. Gautier también se leía con predilección, sobre todo, sus viajes, entre ellos *Constantinople* (1853). Aunque el relato de Iris no nos revela nombres, ni títulos concretos, sabemos, por distintos estudios, que sus maestras fueron siempre institutrices inglesas y francesas, quienes debieron transmitirle a la joven niña, la imagen exótica, sensual y fantástica de Oriente. Además, su sed por la lectura personal, como su rico bagaje cultural y sus entendidas amistades, estarán aportando, sin duda, al ideario occidental sobre Oriente¹⁰. Finalmente, será la misma Inés quien revele en las líneas de su relato, el conocimiento que tenía de los grabados orientalistas de Gustave Doré¹¹ (85).

En segundo lugar, la autora dice saber con qué cosas no se encontrará y con cuáles sí, cuando arribe a los sitios de su itinerario. Por ejemplo, afirma que no encontrará ningún vestigio de la vida moderna: ni la comodidad, ni los espectáculos, ni las creaciones artísticas. ¿De dónde ha obtenido esta información, cuya verosimilitud no duda bajo ningún respecto? La literatura y las imágenes de temas orientales, fabricadas por Occidente, no son lo único que influiría en su formación previa. Su vinculación con este Nuevo Mundo no se produjo sólo desde el idioma francés, sino que también, del inglés, lengua que domina desde su niñez. Y no debemos olvidar que ambas potencias: Francia e Inglaterra, desarrollaron desde el siglo XIX sus políticas expansionistas imperialistas en las zonas que recorre la viajera, políticas que implican un dominio del colonizado en todos los sentidos, no sólo desde la literatura. Ya decíamos que científicos, intelectuales, militares, comerciantes, etc., se dedican también a construir un ideario oriental al servicio de Occidente, siempre desde una mirada autoritaria. Obviamente, entre las características más destacables sobre ese mundo extraño, se encuentran las que ensalcen la labor colonizadora. El discurso que prima es el que se resume en la afirmación: Occidente igual a civilización y progreso;

¹⁰ Véase: Meruane Boza, Lina. "Iris la combativa".

¹¹ Conocido ilustrador francés (1832-1883). Entre sus trabajos se destacan las ilustraciones para obras de Lord Byron (1853), y para el *Paraíso perdido* (1883) de Milton. Muy alabada ha sido la versión ilustrada de la Biblia, que publica en 1865 (grabados a los que pudo referirse Inés Echeverría en su relato, cuando menciona el nombre del dibujante); como también son muy famosos los dibujos de su viaje por España (1862). Para lo que respecta a nuestro estudio, destacamos su obra: *Des Paris en Afrique* (1865), correspondiente a ilustraciones para la novela de Benjamín Gastineau (1863). Ver las imágenes de la Biblia en: <http://www.doreillustrations.com/bible/>. Las de su viaje por España: <http://www.scribd.com/doc/6735899/Viaje-Por-Espana-Grabados-Gustave-Dore>

Oriente igual a barbarie y retraso. De allí las últimas palabras del fragmento anteriormente citado: < país, cansado de gloria, que se duerme ya en el letargo postrero >. ¹²

Finalmente, la misma viajera declara que su principal intención de acudir a Oriente es sentir la belleza del Antiguo y Nuevo Testamento en los lugares en donde los hechos que éstos relatan, se habrían llevado a cabo. Por lo tanto, la autora anticipa que se acercará a este mundo extraño, a la tierra del “otro”, a través de la Biblia y la Historia Santa.

Toda esta formación imposibilita a la autora, de alguna u otra manera, a conocer y comprender al islámico mediante métodos y perspectivas neutras, que pudiesen conducir a un estudio más real y fidedigno del “otro”. Este aspecto refuerza el hecho de que Inés se haya comprendido a sí misma dentro de un contexto netamente occidental, y junto con esto, ubique a su propio país dentro de una realidad opuesta a la del mundo encontrado en tierras orientales. Iris no se cuestiona, ni es su tema, como sí lo fue para otros viajeros chilenos de la época (Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales, Isidoro Errázuriz, entre otros), respecto a cuál es la relación entre Europa y Chile. No menciona si quiera un vestigio de la autoridad que la primera podría ejercer sobre el segundo. Su preocupación se centra exclusivamente en las diferencias entre su realidad occidental-cristiana, en donde Chile se insertaría, sin duda, y la oriental-islámica, que correspondería a la del “otro” en toda su magnitud¹³.

Amalia Errázuriz también manifiesta desde el principio de su relato, cuál es su intención en Oriente. Ella declara que: “no iría yo en viaje de curiosidades; iría, por devoción, a rendir mi homenaje al Dios hecho hombre” (5). La verdad es que, a pesar de su advertencia, de todos modos, convierte a su viaje en uno de curiosidades, y lamentablemente, no se esforzará en conocerlas bien, ni describirlas con prolijidad. Ella, no obstante, se defiende, argumentando que:

No pretendo hacer descripciones que por cierto serían inferiores en exactitud y en estilo a las de otros libros de viaje escritos por autores de gran ilustración y talento, pues estos son solo apuntes de algunas de las impresiones de la peregrinación. Hablo de cosas que tocan más al alma que a los sentidos; de lo que se siente más que de lo que se ve (57).

Ella insiste en advertir que su texto no recoge otra cosa que sus impresiones respecto a la peregrinación, en exclusiva, y de allí que tal vez sus observaciones sobre otros asuntos no sean de gran exactitud. Indica que sus palabras responden a lo que sintió durante el trayecto, y no a lo que vio. Con este tipo de afirmaciones Amalia advierte a sus lectores que está plenamente consciente de su subjetividad, y que no pretende hacer nada por mejorar, o mejor dicho, hacer de su texto algo más objetivo.

¹² Dentro de este discurso, se hallan los textos científico-políticos de los que hablábamos en el punto II.1. de este estudio. Es decir, aquellos que postulan las ideas de Darwin, respecto a la diferencia de razas, y a las que se ciñeron y apoyaron otros intelectuales de la época, tales como Sarmiento.

¹³ La intelectual mexicana Ileana Rodríguez, afirma que durante el siglo XIX existe entre la aristocracia hispanoamericana una fuerte actitud de complicidad respecto a las ideas europeas:

“‘Élite’ refiere, sobre todo, a una localización teórica: denota complicidad disciplinaria eurocentrista, localizada en la centralización del concepto de Estado como protagonista de la modernidad”. (VV.AA. *Teorías sin disciplina*, 1998, s/p).

El extracto que citamos revela que ella tenía conocimiento de los libros de otros viajeros previos, autores que tilda como sujetos de mayor ilustración y talento que ella. Esos textos no debieron ser otros que los ya mencionados para explicar la formación previa de Inés Echeverría, que no hubo de ser muy distinta a la que recibiera Amalia, también mujer de la alta clase dirigente de Chile. La viajera dominó desde pequeña el idioma francés y el inglés a la perfección.¹⁴

Lo más interesante de su advertencia, sin embargo, es que ella asume que su lectura de los árabes-islámicos, a quienes no puede evitar describir, se hará desde su intención principal, que es la de la devoción y el homenaje que desea rendir a Dios. Por consiguiente, su posición al momento de observar y describir al otro se realiza siempre a partir de una formación estratégica fuertemente marcada por lo que dictan las Sagradas Escrituras, siendo éstas para la viajera, única fuente de verdad.

La comprensión que tiene sobre sí misma, y la ubicación que guarda a su país dentro del mapamundi, es privilegiada. Mientras Inés no nos da tantos indicios directos respecto al lugar que otorga a su país de origen en el planeta, Amalia se enorgullece de pertenecer, y en su pensamiento incluye a Chile, al mundo occidental-cristiano, ya que ha podido heredar la verdadera fe, y junto con ello, la luz de la civilización y el progreso que “sólo el cristianismo puede revelar”. Esta viajera incluso se atreve a desplazarse a sitios más altos que el de los mismos europeos, en el sentido de verse a sí misma como un sujeto mejor preparado culturalmente, y más dispuesto a gozar de los conocimientos, leyendas, mitos, etc., propios de la tradición occidental. Esto puede leerse entre líneas cuando ella se queja de la falta de instrucción cultural de algunos peregrinos que la acompañan, habiendo antes aclarado que todos ellos eran viajeros de primera clase: barones, condes, diplomáticos, franceses o europeos de las más altas procedencias. Citamos parte de su alegato al respecto: “Una conferencia del Padre Edmundo nos recordó todo lo que la fábula cuenta de Minos, del Minotauro, del Laberinto, de Teseo, etc. Pero muchos de los oyentes, poco instruidos en la mitología, daban señales inequívocas de aburrimiento y somnolencia” (32). Reiteramos que este tipo de sentencias, presentes en varios rincones de su relato, la mostrarán a veces por sobre el nivel cultural de los demás, es decir, con mayor autoridad al respecto, mejor conocedora y modelo de lo occidental que los mismos europeos.

IV. Ideas finales

En conclusión, tanto Inés como Amalia acuden a Oriente y lo describen desde una perspectiva hegemónica euro-céntrica, es decir, occidental-cristiana. Ambas se comprenden a sí mismas como sujetos insertos y absolutamente partícipes de dicha tradición, y, por consiguiente, de realidad distinta y completamente opuesta a la del “otro” oriental. La ubicación de Chile dentro del mapa, en el caso de Inés, no sería problema ni tema de discusión, ya que lo asume, sin duda alguna, dentro del marco occidental, y del proceso de desarrollo y progreso fomentado por Europa. Amalia, por su parte, hace mayores alusiones respecto a la relación de Chile dentro del mapa, dejándolo incluso mejor posicionado, a veces, en comparación con el resto de Europa. Esto último, seguramente por su fuerte

¹⁴ Véase el texto sobre la vida y obra de la viajera, escrito por su hija: Subercaseaux, Blanca. *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*.

fanatismo religioso, y por no sentirse menos en cuanto a su devoción, que el resto de los peregrinos europeos.

En ambos casos adjudicamos miradas netamente europeas a nuestras autoras, puesto que a pesar de que tenemos en cuenta las teorías de intelectuales latinoamericanos, entre ellos Araceli Tinajero, Erna von der Walde y Claudia Zapata, por nombrar sólo algunos, que han postulado que los escritores hispanoamericanos no han podido nunca esconder que, al fin y al cabo, son hispanoamericanos, y no europeos, de todos modos, en el caso de las viajeras estudiadas, aún observamos que no han podido desprenderse de la influencia, la tradición y el pensamiento euro-céntrico, y que todavía no se produce para ellas el cambio de mentalidad del que nos hablará el argentino García Canclini, que se resume en que: “Para ser culto ya no es indispensable imitar, como en el siglo XIX, los comportamientos europeos y rechazar acoplejadamente nuestras características propias” (76).

BIBLIOGRAFÍA

- Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (Edit.). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad, y globalización en debate)*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- Echeverría, Inés. *Hacia el Oriente. Recuerdos de una peregrinación a la Tierra Santa*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1917.
- Errázuriz, Amalia. *Mis días de peregrinación en Oriente*. S/e. S/a. (Se trata de una encuadernación, al parecer, realizada por alguna orden religiosa en Santiago. Esta se encuentra, como ejemplar único, en la biblioteca San Joaquín de la Pontificia Universidad Católica de Chile).
- García Canclini, Néstor. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D.F.: Grijalbo, 1990.
- González Alcantud, José A. *El Orientalismo desde el Sur*. España: Anthropos, 2006.
- Meruane Boza, Lina. “Iris la combativa”. *Caras*. Santiago: Edit. Andina, 1988- (Santiago: Edit. Antártica) n° 234 (17 mar. 1997): 86-88.
- Pérez Rosales, Vicente. *Recuerdos del Pasado*. Santiago: Imprenta Gutenberg, 1886.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Barcelona: De Bolsillo, 2003.
- Sarmiento, Domingo F. *Conflictos y armonías entre las razas americanas*. Buenos Aires: S. Oswald Editor, 1883.
- Subercaseaux de Valdés, Blanca. *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*. Santiago: San Francisco, 1934.
- Subercaseaux, Benjamín. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Tomo III. Santiago: Universitaria, 2004.

Tinajero, Araceli. *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press , 2004.

Zapata Silva, Claudia. “Edward Said y la otredad cultural”. *Atenea* 498 (II semestre 2008): 55-73.